

5. UN NUEVO MODELO DE UNIVERSIDAD

A la Universidad Iberoamericana
(México, 23 de agosto de 1990)

GUÍA PARA LA LECTURA

I. PRESENTACIÓN

“Nuevo campus”, “nuevo modelo de universidad”, “nueva evangelización”...: bajo el signo de lo nuevo, la Iberoamericana reflexiona sobre su misión específica en la sociedad mejicana, con la conciencia de que existe un “*condicionamiento mutuo entre educación y sociedad*” y la sospecha de haberse implicado, en el pasado, más en una educación de *transmisión* que de *crítica de la cultura* y en una educación de *reproducción* más que de *transformación* de la sociedad. En este contexto de sensibilidad marcadamente latinoamericana, pero de significación universal, Kolvenbach retoma la misma preocupación de GEORGETOWN -“qué tipo de hombres y mujeres necesitamos formar para que sean los líderes del tercer milenio”- con una nueva modulación: cómo “les podemos ayudar a integrar su fe con el fin de que se comprometan a transformar las realidades culturales”; en suma, qué “*nuevo modelo de universidad*” buscamos.

II. PARA LA REFLEXIÓN

II.1. SEÑAS DE IDENTIDAD DE UNA UNIVERSIDAD JESUÍTICA.

Con distintas modulaciones resuenan los ecos de GEORGETOWN.

1. *Misión*: “empeño cordial por la búsqueda de la *verdad*”, imbuido por la “visión ignaciana del mundo”.
2. *Valores* “que promuevan la *justicia*”.
3. “*Visión ideal de la persona*” como punto de partida: de esta concepción ideal depende que llegue a ser “tangible y transparente la promoción de la justicia en nombre del Evangelio”.
4. “*Alta calidad académica*”.
5. *Eficacia*: currículum y recursos humanos coherentes.
6. *Compromiso*: “Riguroso, honesto estudio acerca de los problemas e intereses cruciales del hombre”.

II.2. DINÁMICAS Y PROCESOS PEDAGÓGICOS:

“¿Cómo comunicar efectivamente los valores evangélicos a fin de formar las mentes y los corazones de nuestros estudiantes?”

Es una constante de su pensamiento la siguiente *trilogía*:

1. INTERDISCIPLINARIDAD:

Como *exigencia epistemológica* (“es el único camino significativo para curar la fractura del conocimiento”).

Como *postulado humanista* integrador (los grandes problemas “nos urgen a que tengamos presente la incidencia que tienen en hombres y mujeres, desde un punto de vista global y unificador”).

Como “*reparo ético*” (es preciso retar a los alumnos “para que ponderen tanto las maravillosas posibilidades como los límites de la ciencia” porque “no por el hecho de que sea posible un progreso tecnológico se justifica siempre su desarrollo y su uso”)

Como *reto religioso* (“el conocimiento de la realidad queda inacabado” sin una visión cristiana de la vida).

La *Interdisciplinaridad* es un proceso integrado con grandes dificultades, que debería ser incorporado al currículo y cultivado con medios académicos adecuados.

La visión interdisciplinar “proclama que la idea de universidad –que es la realización integral de la persona humana- se nos ha revelado como posible”.

2. REFLEXIÓN:

Actitud de reflexión crítica “sobre las implicaciones que tienen los valores en todo lo que estudian”. *Hábitos de reflexión* para “fijar valores” y “captar consecuencias”.

“Un tópico central que pide reflexión” es el *amor preferencial por los pobres*”.

La preferencia por los menos favorecidos tiene que “ser operativa de muchas maneras”: exige la facilitación del acceso a los alumnos capaces; pero “la opción es mucho más englobante y exigente”:

- a. “nunca deberían estar ausentes ni el *interés* por los problemas sociales ni el *estudio profundo* de la realidad del país”;
- b. “la opción por los pobres ha de ser un *criterio* evidente y claro” de modo que nunca se tome una decisión “sin pensar antes en el impacto que producirá en las mayorías desvalidas...”;
- c. “se nos pide que proveamos de medios intelectuales a quienes sufren la injusticia...”

Todo ello, incorporado al *currículum formal e informal*.

3. COLABORACIÓN/COORDINACIÓN:

Como exigencia de “la enormidad de esta misión”.

Colaboración en especial con los LAICOS comprometidos en el apostolado educativo: políticas de incorporación a la misión.

Colaboración también con otras instituciones sociales y educativas de la Compañía.

Solidaridad entre las universidades jesuíticas.

5. NUEVO MODELO DE UNIVERSIDAD

“Es preciso seguir creando un modelo nuevo de Universidad que ofrezca su específica contribución a la “nueva evangelización”. ¿Cómo podremos comunicar efectivamente los valores evangélicos e ignacianos a fin de formar las mentes y los corazones de nuestros estudiantes?”

1. Mucho agradezco a ustedes el poder tener este encuentro en el nuevo campus de la Universidad Iberoamericana, construido gracias a la decidida colaboración de tantas personas. Hoy me es dado dirigirme a toda la Comunidad Educativa que lleva a cabo una ingente obra de educación superior. Quienes hemos tenido la oportunidad del trabajo universitario, conocemos bien sus gozos y alegrías, sus realizaciones y sus dificultades. Somos también conscientes de lo que una obra como ésta, que hoy en día se encuentra entre las más prestigiosas del país, significa como instrumento apostólico y como ámbito adecuado, no sólo para el diálogo entre ciencia y fe, fe y cultura, ciencia y vida, sino también, para la misión que pretende llevar a cabo hoy la Compañía de Jesús en el servicio a la fe y a la promoción de la justicia, en un mundo que naufraga en la increencia y la injusticia.

2. Conozco las vicisitudes históricas no sólo de la Ibero, sino también de la Provincia mexicana, a lo largo de los siglos, desde aquel 28 de septiembre de 1572, en que llegaron los primeros jesuitas a esta ciudad de México. Aquí ha habido santos, misioneros insignes, científicos consagrados, historiadores, hombres de fe y esperanza a quienes nunca abatió la calamidad. Y en el campo estrictamente educativo, no sólo en la época colonial -en que florecieron numerosos colegios como centros de enseñanza, de evangelización general y de conformación social-, sino también después, avalado el esfuerzo con la prueba de la persecución, la provincia de México cultivó siempre el campo educativo.

3. Que ustedes, en unión con otros jesuitas y seglares, quieran recoger esta herencia para que siga dando frutos en los tiempos actuales, formando *hombres para-los-demás*, según la conocida frase del P. Arrupe, lo demuestra, entre otras cosas, el interés que han puesto en adaptar a la Universidad el documento sobre las *“Características de la Educación de la Compañía de Jesús”*. Este esfuerzo fue unánimemente valorado por los participantes en el Quinto Encuentro de la Asociación de Universidades Jesuíticas de América Latina, celebrado hace pocas semanas en Quito, y que abrió para nuestras universidades hermanas perspectivas valiosas. Les agradezco, asimismo, las Actas de la Junta de Rectores del

Sistema Educativo UIA de julio pasado, que contienen una serie de reflexiones libres, acertadas, dinámicas.

4. Teniendo pues, como telón de fondo, esa historia pasada y presente, permítanme ahora platicar un poco con ustedes acerca de un tema que considero de suma trascendencia para el futuro, no sólo porque es preciso seguir creando un modelo "nuevo" de universidad que encarne y haga operativo cuanto ya expresé en Georgetown, en julio de 1989, sino también porque es necesario que la Ibero ofrezca su específica contribución a esa "Nueva Evangelización" del país, a la que se refirió Su Santidad Juan Pablo II en su reciente visita a México. Me refiero a los *valores*.

5. Ustedes, jesuitas y seculares, y con ustedes muchos otros, se preguntan con derecho si no hay un condicionamiento mutuo entre educación y modelo de sociedad, entre lo que podemos hacer y la superestructura ideológica en la que se encuentra todo el sistema educativo del país. Consiguientemente, se interrogan si la educación que brindamos a nuestros alumnos no está favoreciendo, al menos en cierto grado, y en contra de las mejores intenciones, un cierto modelo de sociedad en el que las clases medias y bajas se ven profundamente afectadas. Concediendo cuanto de positivo y de creativo pueden tener preguntas como éstas, es preciso reconocer que, a pesar de que hayamos formado educadores y líderes en todos los niveles, posiblemente la educación que impartimos no tuvo la proyección social que hoy hubiéramos deseado; más aún, que no la podía tener.

6. Hoy comprendemos más fácilmente -porque estamos en un mundo estrechamente intercomunicado y en continuo cambio y progreso- que hemos tenido que pagar un precio cuando nos limitamos a concebir la educación más como "*transmisión de la cultura*" que como "*crítica a la cultura*". Pero, precisamente, es gracias a los interrogantes que ustedes honestamente se hacen, como podrán discernir lo que es mejor para llevarlo decididamente a la práctica.

7. Preguntémonos, en consecuencia, y sobre todo como universidad que se reclama del Evangelio, *qué tipo de hombres y mujeres necesitamos formar para que sean los líderes del tercer milenio*. Reflexiones acerca de la manera como les podemos mejor ayudar a integrar su fe, con el fin de que se comprometan, desde una sana crítica de los pseudo-valores que el mundo trata de imponerles, a transformar las realidades culturales en las que están inmersos, y para que puedan construir, desde otra cosmovisión, el Reino de Dios.

8. Hoy, una institución educativa jesuítica se distingue en que su empeño cordial por la búsqueda de la verdad está imbuido por la visión ignaciana del mundo y por que es consciente de que tiene una misión o tarea que cumplir en bien de los demás. Permítanme, a este propósito, mencionar algunos temas ignacianos que ilustran y animan nuestro trabajo educativo: la cosmovisión de Ignacio de Loyola es de afirmación del mundo, globalizante; pone el énfasis en la libertad, encara el pecado personal y social, pero señala el amor de Dios como más fuerte que la debilidad humana y el mal; es altruista, subraya la necesidad esencial del discernimiento, es decir, de la búsqueda incansable -personal y grupal- de lo que es mejor; y, finalmente, concede amplio margen al entendimiento y a la afectividad en la formación de líderes.

9. Es mi convencimiento que, en el interior de la Compañía de Jesús, existe actualmente la conciencia de que no hay aspecto en la educación, aun en las llamadas ciencias puras, que sea neutral. Toda enseñanza comunica *valores*, y estos valores pueden ser tales que promuevan la justicia o estén en pugna, parcial o totalmente, con la misión de la Compañía de Jesús hoy en la Iglesia.

10. Un *valor* significa, literalmente, algo que tiene un precio, que es precioso, que vale la pena y por lo que el hombre está dispuesto a sufrir y a sacrificarse, ya que le da una razón para vivir, y, si es necesario, aun para morir. De ahí que los valores proporcionan motivos. Identifican una persona, le dan rostro, nombre y carácter propios. Los valores son algo fundamental para la vida personal, puesto que definen la *calidad* de la existencia, su anchura y profundidad. Los valores tienen, por así decirlo, tres bases que son otras tantas anclas.

11. Los valores están ante todo anclados en la *mente*. Percibo intelectualmente que algo vale la pena y estoy convencido de que es así. Pero los valores están también arraigados en el *corazón*. No es tan sólo la lógica la que cuenta sino que también el lenguaje del corazón me dice que algo es precioso, y, entonces soy *afectado* por su mérito: "*donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.*" Cuando la mente y el corazón están comprometidos, entonces, toda la persona se compromete, lo que nos lleva a decir -y es éste el tercer fundamento de los valores- que estos conducen, necesariamente, a opciones que se encarnan en *acciones concretas*: "el amor se muestra -como nos lo recordaba Ignacio de Loyola- más en las obras que en las palabras".

12. Nuestras universidades y colegios -me decían algunos de ustedes- son apreciados, incluso por una parte de los sectores

oficiales, debido a la formación humanística y valoral que se imparte en nuestros Centros educativos. Pues bien, dentro del marco de las humanidades y de las ciencias sociales, toda disciplina académica, si es honesta consigo misma, es consciente de que los valores transmitidos dependen de lo que se asuma como concepción ideal de persona humana, utilizada como punto de partida. Es aquí en donde, especialmente, puede llegar a ser tangible y transparente la promoción de la justicia en nombre del Evangelio. Porque ella debe guiar e inspirar al jurista, al político, al sociólogo, al artista, al autor, al filósofo y al teólogo.

13. Estamos hablando de currículum, de cursos e investigación. Lo cual significa que estamos hablando de profesores, de nosotros, de nuestros colaboradores seculares, de nuestros Consejos Superiores universitarios. Nuestras instituciones prestan su contribución esencial a la sociedad, incorporando en nuestro proceso educativo un riguroso, honesto estudio acerca de los problemas e intereses cruciales del hombre. Es ésta la razón por la que los colegios y las universidades encomendadas a la Compañía de Jesús, tienen que esforzarse por ofrecer la más alta calidad académica. Estamos por tanto, muy lejos del facilitón y superficial mundo de los "slogans", o del absolutismo de las ideologías, o de las respuestas puramente emocionales y egoístas, o de pretender ofrecer soluciones instantáneas y simplistas. La docencia y la investigación, y todo lo que tenga que ver con el proceso educativo, es de la más alta importancia en nuestras instituciones que, con frecuencia, aun inconscientemente, dejan de lado el interés central por la persona, a causa de las fragmentaciones, aproximaciones a las especializaciones.

14. Pero entonces, ¿cómo podremos comunicar efectivamente los valores evangélicos e ignacianos a fin de formar las mentes y los corazones de nuestros estudiantes? Permítanme referirme a continuación a tres campos específicos y complementarios de lo expuesto.

1. LA INTERDISCIPLINARIDAD

15. John Herry Newman, en su ensayo "La idea de una Universidad", demostró que el verdadero nombre "*universitas*", subraya el hecho de que la Universidad no es lugar donde hay una mera acumulación cuantitativa de conocimiento o simplemente un conglomerado de facultades y departamentos. En una universidad cada ciencia es insuficiente en sí misma para explicar la totalidad de la creación. Por eso se requiere una *integración cualitativa de la investigación* que desemboque en una *verdad más amplia*.

16. Es una lástima que la interdisciplinaridad, que es el único camino significativo para curar la fractura del conocimiento, sea considerada todavía un lujo reservado a algunos seminarios ocasionales de gentes selectas o de los Consejos Directivos, o que se reduzca a unos cuantos programas de postgrado. Por supuesto que un acercamiento interdisciplinar no carece de problemas: corre el riesgo de recargar simplemente a los estudiantes, de enseñarles relativismo, de convertirse en una violación inadmisible de la metodología de las disciplinas particulares. Pero un amor por la verdad total, un amor por la entera situación humana, puede ayudarnos a superar estos y otros problemas posibles.

17. Los desafíos a los que se ven abocados los hombres y las mujeres en este umbral del siglo XXI no son fáciles. Una sola disciplina académica no puede pretender ofrecer una solución comprehensiva a problemas como la investigación genética, la deuda internacional, los derechos humanos, u ofrecer definiciones sobre la vida humana: acerca de su comienzo y su fin, a propósito de la vivienda y la planificación urbana, la pobreza, el analfabetismo, los progresos de la tecnología médica y militar, el ambiente y la inteligencia artificial. Esto requiere datos científicos y con conocimiento sistemático de la tecnología.

18. Todos estos planteamientos nos urgen a que tengamos presente la incidencia que tienen en hombres y mujeres, desde un punto de vista global y unificador. De ahí que exijan perspectivas sociológicas, psicológicas, éticas, sociales, filosóficas y teológicas, si se quiere que las soluciones propuestas no sean estériles.

19. Estos problemas no se solucionan en una forma *unidisciplinar*, pues abarcan valores *humanos* y no simplemente técnicos. Hoy, todos los días, se discute acerca del comienzo de la vida y sobre la preparación de instrumentos para terminarla. Debemos preparar a nuestros estudiantes para que sepan -para que realmente crean, porque lo saben- que no por el hecho de que sea posible un progreso tecnológico, se justifica siempre su desarrollo y su uso. En otras palabras, ¿desafiamos a los líderes del mañana a que reflexionen críticamente sobre la forma como deberán asumir el "progreso" y sus consecuencias? ¿Los retamos de veras para que ponderen, tanto las maravillosas posibilidades como los límites de la ciencia? ¿Les ayudamos a ver que, en lo civil, ciertas decisiones financieras significativas no son tan sólo manifiestos políticos sino enunciados morales plenos de consecuencias?

20. Pero hay todavía más. En una universidad como ésta, el conocimiento de toda la realidad queda inacabado -y, desde este punto de vista, no se podrá llamar verdadero- sin el complemento de lo que significa la Encarnación humanizada de Dios en Jesús y la divinización de la humanidad por el don del Espíritu. La transfiguración de Cristo por la naturaleza del Espíritu constituye, en efecto, una parte de la misma realidad humana. Esta transfiguración que se sigue dando entre nosotros nos salva, aun cuando nos llama a integrar todo aprendizaje y toda ciencia. Esta transfiguración es la que convierte la tarea de una universidad encomendada a la Compañía de Jesús, en un proyecto y en una aventura, a la vez humana y divina. Es esa intervención del Hijo de Dios en nuestra historia, la que proclama que, a despecho de la prodigiosa diversidad de tecnologías y de fuerzas centrífugas que confluyen en muchas áreas del conocimiento, la idea de universidad -que es la realización integral de la persona humana- se nos ha revelado a nosotros como posible.

21. Los medios concretos para llevar a cabo un programa así integrado -y que, por supuesto, suponen la libertad académica, y la excelencia, tanto en las clases como en los estudiantes-, deberían contemplarse en las metodologías que conforman el núcleo central del curriculum, lo mismo que en significativos cursos terminales para los alumnos de últimos años; en "talleres" complementarios acerca de las responsabilidades sociales, culturales y éticas y también -y en esto tiene una palabra importante la pastoral universitaria- en despertar en alumnos y profesores esa capacidad contemplativa de Dios y del mundo que subyace en el centro mismo de nuestra existencia como hombres.

22. Sé muy bien que la presencia jesuítica en la universidad es limitada, que el número de los alumnos sigue creciendo. Pero también aquí es preciso que nos planteemos, dentro del modelo "nuevo" de Universidad que buscamos, no sólo la posibilidad, sino la urgencia de trabajar en forma más coordinada, apoyando en forma efectiva a otras obras educativas que tiene la Provincia mexicana a nivel técnico y popular -y sabiendo recibir de ellas. Es asimismo, necesario, que todas estas obras elaboren un plan integral para las Universidades, Colegios y para la labor social. Este proyecto ha de tener presentes prioridades y recursos humanos, actuales y futuros, lo mismo que la necesidad de una preparación especializada para los que habrán de incorporarse en todas estas obras. Finalmente, hay que saber aprovechar plenamente, lo que significan los colaboradores laicos, otorgándoles responsabilidades, sin olvidar, además, ese enorme potencial que son los ex-alumnos.

2. LA REFLEXION

23. Un ideal educativo como el que nos proponemos, no podrá realizarse a menos que, incorporándolo a todos los niveles de los programas educativos, nosotros desafíemos a nuestros estudiantes a reflexionar sobre las implicaciones que tienen los valores en todo lo que estudian. El solo adueñarse de conocimientos no humaniza automáticamente. Una actitud crítica de la cultura, a la que me he referido, sólo es factible si descubrimos los caminos que hagan posible a los estudiantes el formar *hábitos de reflexión* para fijar valores y para que capten las consecuencias que, para la nación y para la humanidad, tiene lo que estudian. Los hábitos se desarrollan únicamente con una práctica continua y planeada. Por esto, la meta de formar hábitos de reflexión necesita ser trabajada por todo el profesorado de la institución educativa jesuítica y en todos los contenidos académicos.

24. Un tópico central de nuestra misión educativa, que pide reflexión, tiene que ver con el *amor preferencial por los pobres*. Esta opción debería ser operativa de muy diversas maneras. La admisión de los estudiantes exige un cuidado particular, a fin de que la educación jesuítica superior llegue a los menos afortunados. Sé que aquí hay jóvenes de todos los estratos sociales, gracias al alto porcentaje de alumnos becados total o parcialmente. Sigamos adelante por este camino dejando claro que la opción por el pobre no es una opción clasista. No somos enviados a educar tan sólo a los pobres, a los menos afortunados de la tierra. Nuestra opción es mucho más englobante y exigente, porque nos pide educarlos a todos -ricos, clases media y pobres- pero desde una perspectiva de justicia, desde las necesidades y esperanzas de los pobres.

25. Ignacio de Loyola quería que todos los colegios de la Compañía estuvieran abiertos a todos, y el Evangelio nos revela que el amor de Dios es universal. Dado nuestro amor especial por los pobres, eduquemos a todos los estratos sociales, en forma tal, que todos esos jóvenes tengan la oportunidad de conocer y de creer en el amor especial de Cristo por los pobres. De ahí que nunca deberían estar ausentes de nuestra labor ni el interés por los problemas sociales, ni el estudio profundo de la realidad del país. La opción por los pobres ha de ser para toda la Comunidad educativa un criterio tan evidente y claro que nunca tomemos una decisión importante en la vida universitaria y profesional, sin pensar antes en el impacto que producirá en las mayorías desvalidas del país y de la sociedad humana.

26. Sin duda que todo esto conlleva dificultades, no sólo en las políticas de admisión, sino también en los currículos vistos desde la óptica del desarrollo de un pensamiento crítico de la cultura de los valores. Y lo mismo habría que decir a propósito de los estudios interdisciplinarios, del servicio que debemos prestar a los más pobres a través de experiencias de inserción y de contacto personal y estrecho con ellos, que permitan que el universitario conozca -no sólo de forma teórica- la realidad del pobre.

27. Este interés fundamental de la educación jesuítica ahonda sus raíces en el conocimiento bíblico del sentido del don. Los teólogos hacen notar con razón que, en la Escritura, todos los dones -talentos, riqueza- se mueven en forma circular. Primero, es necesaria una apertura del espíritu que permita que el ser humano entienda que el don viene de Dios. Luego, se lo recibe y se lo apropia. Después, la persona crece cuando comparte sus dones con los demás. Por último, el don retorna a Dios mediante la alabanza y la acción de gracias.

28. En todo este proceso, la dificultad se presenta en el preciso momento en que ese don se debería *comunicar y compartir*. Acecha entonces la tentación de cerrarse sobre él y de convertirlo en un medio para aumentar el propio poder *personal*. Y, de esta manera, el deseo de conseguir más y más poder a través de la riqueza, se torna insaciable. Entonces, ¡están sembradas las semillas de la injusticia!

29. Una universidad jesuítica hoy expresa su amor preferencial por los pobres, no solamente al abrirles más ampliamente sus puertas, ni tan sólo al formar al pobre y al no-pobre en una sensibilidad especial respecto a la injusticia, sus causas y sus raíces. Más allá de esto, se nos pide que proveamos de medios intelectuales a quienes sufren la injusticia y los estragos de la pobreza, y que les ayudemos a atender razones de orden académico, legal, social y espiritual para que tengan la posibilidad de justificarse a sí mismos y de asumir sus propios proyectos. Esto, expresado en programas, a través de la cuidadosa selección de los proyectos de investigación, en las políticas institucionales, en los debates públicos y en los foros universitarios, constituye la sustancia de esta misión que tiene hoy en día la Universidad que queremos: "*Cuando ustedes lo hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a Mí me lo hicieron*".

3. TRABAJO DE CONJUNTO

30. La enormidad de esta misión nos está pidiendo a *todos*, individuos e instituciones, que trabajemos juntos frente al gran cambio de valores en el mundo. Juan Pablo II, en su Exhortación Apostólica *Christifideles Laici*, después del Sínodo sobre los Laicos, reitera el papel del laicado en este esfuerzo por compartir la misión de Cristo. De ahí, no sólo la necesidad de que aunemos nuestros esfuerzos colaborando con otras instituciones sociales y educativas de la Compañía de Jesús, sino que también se enfatice, decididamente, la formación más estructurada y sistemática de los laicos comprometidos en el apostolado educativo.

31. Ustedes tienen toda la razón cuando anotan que es preciso proveer con generosidad a las necesidades económicas y familiares de nuestros colaboradores seculares, que consagran su tiempo y excelente voluntad para cooperar en nuestras obras. Pero no es ésta la única observación a propósito de la estructuración de la Comunidad Educativa. Con todo el respeto debido a la libertad de cátedra, tenemos que reconocer que el momento en que se verifican los primeros contratos de los colaboradores con la Universidad es muchas veces una oportunidad desaprovechada. Esa sería, en efecto, una ocasión privilegiada para instruir en el espíritu de la institución a futuros y prometedores administradores, maestros, profesores y directivos, y para preguntarles si están dispuestos a compartir nuestra misión.

32. Pero la colaboración no es un fin en sí misma. Si pretendemos potenciarla, es para poder ofrecer un mejor servicio a quienes lo necesitan. Es éste el motivo por el que jesuitas, seculares, ex-alumnos, obras de la Iglesia y de la Compañía en México han de trabajar juntos desde la común visión del servicio a la fe y la promoción de la justicia. Más aún, ese espíritu de cooperación ha de superar, en lo posible, los límites de lo estrictamente nacional o jesuítico.

33. México, en América Latina, ha desempeñado siempre un papel destacado. Esa vocación nacional ha de mantenerse y ha de reforzarse en el ámbito internacional a favor de la paz y la justicia en el mundo. Además, la solidaridad entre las universidades de la Compañía -como se demostró con ocasión de la muerte de los seis jesuitas educadores y de sus colaboradoras seculares en El Salvador-, es algo vital. El nuevo orden internacional no se consigue tan sólo porque los grandes bloques hayan optado hoy por el entendimiento mutuo. Aun cuando se han dado grandes

pasos, queda mucho por hacer para que se garanticen de verdad los derechos de los países del tercer y cuarto mundo.

34. Confío en que ustedes, abiertos a la colaboración internacional, junto con todas las personas de buena voluntad, hagan cuanto esté en sus manos para que todas las gentes, toda la comunidad humana, sea la imagen de un Dios, Padre de todos, que es amor. La tarea de la familia educadora jesuítica es la de trabajar *juntos* por encarnar esta visión en nuestro mundo convulsionado.